





RUSIA EN LAS TINIEBLAS

— AUTOBIOGRAFÍA DE UNA NIHILISTA —

VERA FIGNER



**levanta
fuego**

Primera edición: diciembre 2016

Segunda edición: junio 2019

Texto: Vera Figner (1927)

Traducción: Valeriano Orobón Fernández (1934)

Editado por Levanta Fuego

www.levantafuego.com

ISBN: 978-84-617-6946-9

El contenido de esta obra puede ser distribuido, copiado y comunicado libremente, siempre y cuando su uso sea no comercial. No se permite la obra derivada. Para cualquier otro uso, contactar con la editorial.



VERA FIGNER
(1852-1942)

AQUELLOS
QUE PROVOCARON
TODOS LOS INCENDIOS

—INTRODUCCIÓN—

El carruaje de Alejandro II avanza por el canal Ekaterinsky. Sólo quedan unos días para la primavera, pero en San Petersburgo el invierno tiene los dedos largos. Aunque el frío ahoga con fuerza las gargantas de los habitantes de la ciudad, el zar ha decidido salir a realizar su habitual paseo de los domingos por la mañana. Los cosacos que forman su séquito le maldicen entre dientes. No saben que esas maldiciones están a punto de cumplirse. Alejandro II es un hombre condenado.

Una mujer de aspecto frágil espera en el cruce por el que está a punto de pasar el carruaje del zar. Su nombre es Sophia Perovskaia y no hay nada en su apariencia que haga posible adivinar los incendios que devoran su cerebro. El azul de sus ojeras y la palidez de su rostro hacen pensar más en las bacterias de la tuberculosis que en el ácido de las pasiones. Sin embargo, en realidad no se ha pasado la noche desvelada por la tos ni la fiebre. Sus desvelos no tienen que ver con enfermedades que corroen las vísceras ni con fiebres que consumen los pulmones, sino con artefactos que desatan las tormentas y dispositivos que contienen en su interior las ciencias de la alquimia. Todo está a punto de saltar por los aires.

Cuando el carruaje dobla la esquina, Perovskaia hace una señal con la mano. En medio del trasiego de gente el gesto pasa desapercibido. Apenas es un leve movimiento de la muñeca, pero lo suficiente para que lo adviertan los dos hombres que hay apostados unos metros más adelante. Nikolai Rysakov y Timofei Mikhailov están nerviosos. Tampoco han podido dormir, la noche ha sido larga y turbulenta. Cuando sacan los paquetes de debajo del abrigo las manos les tiemblan. Sus rostros están sudorosos, pero su fiebre tampoco tiene que ver con la enfermedad, sino con los deseos que prenden todos los incendios. Las bombas estallan y los delirios comienzan.

Los artefactos han explotado junto al carruaje, debajo de los caballos de los cosacos. La confusión es enorme, el ruido de la detonación se ha escuchado en toda la ciudad. Todos saben que Alejandro II está condenado, su nombre apenas se susurra ya entre murmullos. Nadie quiere hablar la lengua de los muertos. Hace menos de un año, los miembros de Narodnaya Volia pusieron en marcha los engranajes que aceleran el ritmo de la Historia. En aquella ocasión no salió bien, pero poco importaba. Habían conseguido infiltrarse dentro del Palacio de Invierno, hacer explotar una bomba en las habitaciones del monarca, llevar el terror al interior del hogar del tirano. Aquel día había sido dictada la sentencia, ahora sólo quedaba cumplirla.

En esta ocasión, las dos primeras bombas tampoco habían conseguido su objetivo. Dentro del carruaje Alejandro II ni siquiera estaba herido. Conmocionado por la explosión, había abandonado el vehículo y se había acercado a los heridos. Sin embargo, mientras el zar está allí, de pie, observando los cuerpos despedazados de los caballos, Ignatei Grinevitski se da cuenta de que la Historia le está sonriendo. No sucede muchas veces, pero cuando pasa debe ser aprovechado. Con paso rápido y nervioso, se acerca hasta el zar y lanza el artefacto explosivo que guarda debajo del abrigo. No puede fallar, así que se coloca lo más cerca posible. La detonación acaba con la vida de Alejandro II, que morirá con el cuerpo destrozado. Junto a él, el propio Grinevitski también fallecerá. La Historia concede a veces una segunda oportunidad, pero siempre pide a cambio un precio muy alto.

El atentado contra Alejandro II costará la vida siete miembros de Narodnaya Volia. Uno de ellos, Nikolai Sablin, decide suicidarse antes de ser capturado por la policía, que se lanza a una caza sin cuartel de todos los conspiradores, rebeldes y revolucionarios que habitan las sombras de la ciudad de San Petersburgo. El resto serán detenidos durante esas redadas y condenados a muerte en juicios sumarísimos que sólo demostrarán la impotencia del Estado ruso para apuntalar un régimen que se desmorona.

Sophia Perovskaya, Andrei Zhelyabov, Nikolai Kibalchich, Nikolai Rysakov, y Timofei Mikhailov son ejecutados el 3 de abril de 1881, apenas un mes más tarde del atentado que ha costado la vida del monarca. Gesia Gelfman, embarazada en el momento de su detención, morirá después de dar a luz debido a la inexistente atención médica durante el parto.

Todos los demás miembros de Narodnaya Volia se ven obligados a huir. Entre ellos está Vera Figner, que forma parte de la organización revolucionaria desde su creación en 1879. A su pesar, Figner no ha tenido un papel muy activo en el atentado contra el zar. Su labor al frente del Comité Ejecutivo le obliga a responsabilizarse de tareas que tienen mucho más que ver con la coordinación de las acciones que con su ejecución. El Comité Ejecutivo es el órgano que dirige Narodnaya Volia. Figner forma parte del núcleo de revolucionarios que planea la conspiración más temible de todas, aquella que busca la destrucción completa del orden social existente. La organización tiene más de quinientos miembros en cincuenta ciudades distintas, y todos ellos siguen las directrices del Comité. Aunque las células tienen autonomía en la mayoría de sus funciones, el Comité es el que decide las líneas estratégicas, los caminos que ha de seguir la conspiración. Es el que pone en marcha los mecanismos que han de hacer saltar por los aires todos los relojes.

Figner ha formado parte del movimiento revolucionario ruso desde que tiene veintitrés años. Hasta 1879 ha pertenecido a Zemlia i Volia, la primera sociedad secreta que actuará de forma coordinada para derrocar el régimen zarista en Rusia. Sus miembros realizarán una intensa labor de propaganda en las áreas rurales, cuyos habitantes viven en condiciones de semi esclavitud rodeados de miseria y ruina. Convencidos de que los cambios políticos se producen a partir de una revolución social, los integrantes de Zenmlia i Volia centrarán sus esfuerzos en preparar las condiciones para un levantamiento revolucionario en el campo, que es donde vive la mayor parte de la población y donde el régimen autocrático mantiene

una mayor cantidad de privilegios. Muchos de sus miembros, como Vera Figner, se trasladarán a vivir a zonas rurales para entrar en contacto con la población campesina y hacer más efectiva su propaganda.

Sin embargo, en sólo unos años la estrategia de Zemlia i Volia se revela ineficaz. El trabajo entre la población rural es ingente y los integrantes de la organización llaman demasiado la atención. La persecución comienza y sus miembros empiezan a caer uno a uno. No hay sitio donde esconderse, el control sobre la población es total en las aldeas pequeñas. Figner se ve obligada a volver a San Petersburgo, donde la organización está empezando a vivir un proceso de ruptura. Para muchos de sus integrantes la situación es insostenible. Si se quieren acelerar los relojes de la Historia es necesario cambiar de estrategia: el objetivo no debe ser el pueblo, sino el poder político.

De la desintegración de Zemlia i Volia nacerá la organización más temible de la historia del nihilismo ruso: Narodnaya Volia, la Voluntad del Pueblo. Estructurada como una organización de células que siguen las directrices de un Comité Ejecutivo, Narodnaya Volia apostará por la desestabilización inmediata del Estado mediante la estrategia del terrorismo. No hay tiempo para esperar a que las grietas del zarismo provoquen su caída: Narodnaya Volia va a hacerlo saltar por los aires.

Los atentados terroristas no eran nuevos en la historia de la lucha política en Rusia. Desde principios del XIX, anarquistas y nihilistas los habían usado con frecuencia para acabar con la vida de miembros del gobierno, policías y funcionarios de prisiones. Sin embargo, desde el primer momento los objetivos de Narodnaya Volia serán mucho más elevados. Aunque todos los que forman parte de los engranajes de la dominación son culpables, el responsable último del aparato de violencia y opresión que aplasta al pueblo es el zar. Si se quiere desestabilizar el régimen político es necesario acabar con su vida.

Después de la muerte de Alejandro II, la Voluntad del Pueblo atentará también contra su sucesor, Alejandro III. Con la estructura muy debilitada y varios de sus miembros detenidos o ejecutados, la organización tendrá muchas más dificultades para cumplir sus objetivos. Sin embargo, la conspiración seguirá preparándose en la sombra. A pesar de la persecución de que serán objeto, los miembros de Narodnaya Volia continuarán provocando el incendio e invocando la tormenta. Al fin y al cabo, allí donde haya un tirano habrá siempre alguien que lo combata.

RUSIA EN LAS TINIEBLAS

—AUTOBIOGRAFÍA DE UNA NIHILISTA—

Vera Figner

